

LA AZUCENA.

REVISTA QUINCENAL

DEDICADA A LOS AMANTES DE LAS CIENCIAS, LETRAS Y ARTES,

Y ESPECIALMENTE

AL BELLO SEXO.



Esta REVISTA publica
los días 15 y último de cada mes.
Se remite á la Isla franca de porte.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.
S. Sebastian-75.
PUERTO-RICO.

Precio de la suscripción.
12 rs. ctes. por trimestre adelantado.
Solo se admite suscripción por trimre.

VARIEDADES:

El Director de La Azucena devuelve al Sr. Valero y Sra. la afectuosa despedida que se han servido dirigirle, y les desea las satisfacciones de todo género que merecen.

La compañía de Valero se despidió de nuestro público con el insigne drama *Catalina Howard*.

La mutilación de dos actos y de algunos diálogos, que ha sufrido esta obra, la deslucen, y turban la claridad de algunos pasajes para quien solo la conozca por la traducción ó lamentable arreglo á que nos referimos.

También se resintió de falta de estudio y de ensayos.

Por lo demás y aún así, qué envidiable producción! Aquella ambición tan natural y magistralmente desarrollada en el cornzon de Catalina, de la jóven que consentiría en encerrarse en un ataúd con tal que le cubriese una losa de mármol, nos llevan á pensar que no es posible hacer mas en el teatro. Razon tuvo Larra al celebrar ésta y otras producciones dramáticas del viejo Dumas. No parece sino que la naturaleza y el arte de consuno, revelaron á aquel prodigioso dramaturgo el secreto íntimo de las pasiones humanas y le confiaron sus resortes para manejarlas á su antojo; antojo siempre hábil y siempre verdadero.

La moral que se desprende de este drama, es la verdadera moral, la única que debe producirse en el arte: el castigo por las propias pasiones. Los remordimientos de Catalina, ó mejor dicho, el temor de la muerte que la espera, es para ella mayor castigo que la misma muerte, porque esta es el término de la pasión y del sufrimiento. La muerte, en el teatro, debe ser puramente simbólica, puesto que representa el término de la acción. Esta en el género serio, casi nunca puede ni debe resolverse de otro modo.

Como obra escénica, las situaciones, á cual mas interesantes y todas naturales, propias y justificadas, se cuentan por actos, y pudieran contarse hasta por escenas.

Los caracteres todos típicos y sostenidos. Enrique 8º es el demonio tentador; Catalina, la humanidad que delinque; Ethelwold el remordimiento, la reacción del delito, el castigo de la caída. Hasta la princesa Margarita, personaje suprimido en la traducción que se puso en escena, tiene su significación artística: es el contraste de la egoísta Catalina, la abnegación del amor verdadero que, á la muerte del objeto amado, le saca de la tumba para hacerle vivir misterioso y oculto en el corazón que lo albergara en vida. Pero ¿qué decimos de Margarita? Suxex, personaje puramente episódico, cuyo carácter apenas puede conocerse suprimiendo el

acto del parlamento en que se muestra como defensor de Catalina, apelando al duelo ó juicio de Dios; no carece de significación artística, puesto que viene á ser como la hidalguía caballeresca que se pronuncia contra aquel esposo, convertido en acusador y juez al mismo tiempo. En una palabra, todo es estética de la mejor ley en este drama, que pudiera servir de modelo en un curso de aquella ciencia para hacer tangibles muchas leyes del Arte que solo en la esfera de este pueden estimarse. El mundo del Arte tiene sus fueros especiales, y ni es el de la Naturaleza ni el de la Historia, como lastimosamente se ha confundido por la generalidad, hasta que la Belleza, entrando en el área de la Ciencia y de la Filosofía, como objeto del Arte, se han llegado á deslindar los elementos de este, á basar sus principios y á fijar la jurisdicción y atributos que le son esenciales.

Y ¡qué detalles, qué diálogos tan bellos, sembrados de palabras tan felices, los de este drama, como los de todos los del difunto Dumas! Lástima es que las traducciones que de ellos suelen hacerse, poco meditadas, generalmente incorrectas, deslustren un tanto su poética expresión ó no la den todo el valor que tiene en los originales, y que podría no perder en nuestra hermosa lengua.

Se nos dice que una compañía lírica italiana residente hoy en Caracas, ha escrito á algunas personas de esta Ciudad en demanda de datos referentes á nuestro teatro, con la mira de venir á dar en él algunas funciones. Si tal aconteciese, estarían de enhorabuena los filarmónicos que desde años hace no tienen el gusto de ver por aquí una compañía lírica completa, y creemos que la mencionada no dejaría de obtener aplausos y dinero, á juzgar por el tiempo de abstinencia á que nos hemos referido.

En el elenco figura Fanny Natali y su esposo el agradabilísimo tenor Testa, ámbos muy conocidos y celebrados en el teatro de Tacon en la Habana, y la primera á su paso con su hermana Ines por esta ciudad habrá algunos años.

Si se realizase este proyecto, volverían á tener ocasión nuestras damas de lucir beldad y galas, y nuestros galanes (pollos y hasta gallos) la no menos grata de recrear vista y oídos. Vaya, á reunir los que podáis, algunos doblones, para que este sueño no se quede en idem.

Sin duda recordareis, lectores, aquel afamado soneto de Moratin (D. Leandro) en que pinta las Musas y que dice así:

Sabia Polimnia en razonar sonoro
verdades dicta disipando errores:
mide Urania los cercos superiores
de los planetas y el luciente coro.

Une en la historia al interés decoro
Clio, y Euterpe canta los pastores:
mudanzas de la suerte y sus rigores
Melpómene feroz, bañada en lloro:
Calíope victorias: danzas: guía
Tersicore gentil: Erato en rosas
cubre las flechas del amor y el arco.
Pinta vicios ridículos Talía
en fábulas que anima deleitosas,
y ésta le inspira al español Inarco.

Inarco Celenio era el nombre que el autor del soneto, llevaba entre los Arcades de Roma, famosa academia literaria que fundó en aquella ciudad la reina Cristina de Suecia, después de su abdicación; y este soneto, á mas de su mérito literario, lleva en sí la conveniencia de que al sabérsele de memoria, se tiene al dedillo la significación y atributos de las nueve hijas de Apolo tan ingeniosamente pintadas.

Pero como no hay cosa buena que no enente imitadores, aunque solo sea para quedarse en merecimientos á mil leguas de la cosa imitada; hé aquí que un enamorado, no sabiendo ya como adular á su bella, le endilga una atrevida paráfrasis de aquel clásico soneto, en son de compararla con las nueve, no bastándole una sola. Las hipérboles se han hecho para los enamorados; verdad es que la dama aludida merece todo esto y mucho mas: en cuyo caso, quien diga que es hipérbole habla así por que no la conoce.

Polimnia su palabra te dió bella,
dos soles te dió Urania reluciente;
Clio te dió su soberana frente,
Tersicore su andar y leve huella.
Con sus rosas de amor tu lábio sella.
Erato cuya gracia y continente
robástela. Melpómene elocuente,
te dió el mirar, do la pasión destella;
no la pasión feroz. Cual tú graciosa,
su risilla fugaz te dió Talía.
Tu voz es la que Euterpe melodiosa
á su flauta prestó; y á su armonía
tus victorias de amor canta gozosa
Calíope al par de la derrota mia.

No vayais á entender por esta derrota, calabazas, pues según los mas hábiles y doctos comentadores de esta obra magistral, el poeta debió darse por bastante derrotado con que ella le postrase á sus pies ó le unciese á su carro, tratándole ni mas ni menos que como trata la mujer á quien la ama y mima demagógicamente, según dicen los peritos.

SOBRE LA VIDA DE ANA BOLENA

ESPOSA DE ENRIQUE VIII

CON MOTIVO DE LA OBRA DE MISS BENDER, TITULADA:
Memoirs of the life of Anne Boleyn, queen of Henry VIII.

Esta obra es una de las piezas del proceso que la moral y la razón deben formar al siglo XVI. Si la muerte violenta de Ana Bolena solo es imputable á Enrique VIII; en las circunstancias de lo que se llamó la elevación y caída de esta mujer, cabe responsabilidad á las costumbres de la época, y sobre todo á las ideas dominantes de las cortes, ideas que, en la Francia de entónces, eran las mismas que en Inglaterra. Ana era biznietta de Geofredo Boleyn, comerciante de Londres, quien por su crédito y fortuna había obtenido el cargo de primer magistrado municipal de la primera ciudad de Inglaterra. Sus hijos renunciando á la condición paterna, dividieron sus bienes al contraer alianzas con casas nobles, trocando por títulos de cortesanos las riquezas de su familia; así fué como la descendiente del rico plebeyo nació noble y pobre á la vez. Los padres de Ana Bolena vivían como parásitos en la corte del rey Enrique VIII en donde eran bien recibidos, el uno por su talento, y la otra por sus gracias. Apenas salió Ana de

la cuna, mostrando las primeras señales de aquella hermosura que la hizo tan célebre y tan desgraciada, cuando sus padres la destinaron á seguir el mismo género de vida. Había en aquel tiempo en la corte, espacio suficiente para los aduladores y las mujeres bellas de todas edades. Ana fué dama de honor á los siete años con cuyo título marchó á Francia en la comitiva de María, hermana del rey de Inglaterra, á quien un tratado diplomático unía, por fuerza, al anciano Luis XII, en el momento en que ella sentía por otro hombre una pasión violenta y declarada. Pero lo mismo que los padres de Ana Bolena se inquietaban poco viendo á su hija entregada á los azares de una educación extranjera y privada de sus caricias y cuidados con tal que brillase en los palacios; Enrique VIII no vacilaba un momento en unir su hermana á un viejo enfermo con tal que fuera reina de Francia. Ana empleó sus años infantiles en estudios continuos del arte de agradar; y supo muy pronto tomar parte en las mascaradas pueriles que ayudaban á los poderosos del siglo á ocupar en algo los días de ociosidad y de tedio; aprendió á seducir con sus miradas y á alentar los homenajes; á escuchar las adoraciones de los hombres ántes de llegar á la edad de comprenderlas, y sobre todo, á hacerse envidiar, por sus triunfos, de todas sus jóvenes compañeras, no con la envidia de emulación que nace del sentimiento de lo bueno y que aumenta el deseo de alcanzarlo, sino con los celos rencorosos que se indignan de ver á otro llegar con mas rapidez al fin que todos desean. Entre los odios rencorosos que se creó Ana Bolena cuando volvió á su país, los hubo tan violentos é implacables, que la persiguieron hasta la muerte. A punto estuvo de escapar felizmente á la muerte que la esperaba casándose con lord Percy que la amaba, y á quien ella correspondía; pero el padre de este joven sabedor por un cardenal, de que Enrique VIII se había fijado en la bella dama, amenazó á su hijo con desheredarlo si persistía en crear obstáculos al rey. El joven, aunque mal su grado cedió, y Ana abandonada por su amante, se hizo accesible á Enrique VIII. Éste iba á visitarla á una casa de campo, adquirida con el trabajo de su abuelo, sitio de reposo á donde se había retirado para curar su amor herido. La tradición señala todavía la colina en donde el sonido de un cuerno de caza anunciaba la llegada del rey, y hacía bajar el puente levadizo que lo separaba de la mujer que él creía conseguir con algunos esfuerzos pasajeros. Ana, mas altiva ó mas hábil que lo que él podía sospechar, le repitió las palabras de Isabel Grey á Eduardo VI. "Soy demasiado digna para ser vuestra dama, y muy poco para ser vuestra esposa."

Enrique VIII se irritó con la resistencia. Estaba casado hacía algunos años con una mujer cuya virtud y ternura eran intachables, y solicitó contra ella el divorcio, remedio de los enlaces mal avenidos; que la Iglesia rehusaba obstinadamente á las necesidades del pueblo y que solía conceder en circunstancias extraordinarias. La historia nos ha transmitido los detalles del proceso de la reina Catalina, á quien la corte de Roma no quiso sacrificar, implorando tal vez el estar emparentada con Carlos V. La pluma de Shakspeare, ha inmortalizado la noble resistencia de esta mujer hacia el déspota que la rechazaba como un mueble usado de su casa. Enrique VIII á falta del consentimiento del Papa, compró el de las universidades católicas. Se pronunció el divorcio, y Ana Bolena, en cambio de su juventud, se vió entregada á un hombre mas viejo que su padre y recibió el título de reina, que había comenzado á envidiar desde la infancia.

Su padre, satisfecho hasta entónces del favor que gozaba, se irritó y declaró descontento, porque no obtuvo un aumento de fortuna proporcionado á la elevación de su hija. El pesar que sintió fué tan intenso, que se alejó de la corte, dejando á la que debía proteger á merced de los numerosos enemigos que su nueva esfera le creaba. Entre todos los parientes de la nueva reina, solo uno de sus hermanos la conservó su afecto; los otros la detestaban por envidia ó la acusaban

amargamente de los errores de su ambición. Ella misma en el primer mes de su pretendido triunfo se vió humillada bajo su dosel de púrpura, por un pobre fraile franciscano, que en la misma capilla de Enrique VIII y en presencia suya, reconvinó á este príncipe por haber faltado á una esposa fiel. Todos los monges de aquella órden fueron expulsados de Inglaterra; pero su destierro no pudo borrar el remordimiento del corazón del déspota ni el rubor de la frente de su compañera.

Personas que no temían la muerte, repitieron mas de una vez este ultraje á la que llamaban usurpadora, y le tornaban amargos los manjares de la mesa real. Su alma dulce se agrió poco á poco, concibió un odio ruin é injusto contra aquella cuyo lugar ocupaba, contra la pobre Catalina, retirada en el fondo de un claustro y desengañada de las pompas del mundo, y deseó la muerte de esta mujer á quien ántes amaba, y de quien era correspondida. El día de su muerte no pudo disimular el gozo y exclamó *"en fin ya soy reina."*

Pero ya no lo era, pues no poseía el corazón del hombre que llevaba este título; una jóven presentada al rey había borrado á sus ojos todas las gracias de Ana Bolena. Ana sorprendió á su esposo en la adoración del objeto de su nuevo culto, se atrevió á proferir una queja, y desde este momento fué condenada á muerte como culpable de lesa poder.—A las primeras señales de su desgracia, sus enemigos secretos se descubrieron, y á su cabeza apareció el duque de Norfolk hermano de su propia madre. Fué rodeada de espías; procuraban sorprender sus pensamientos y se tenía cuenta hasta de sus suspiros. Se la acusó de adulterio con dos hombres cuyo trato le era agradable, y de incesto con su propio hermano, único apoyo que le ayudaba. Cosa mas repugnante aún, la esposa de este mismo hermano fué quien se atrevió á acusar á su cuñada y á su marido. La acusación no pudo probarse, y entonces se hizo mérito de una conversacion en la que Ana había manifestado los temores que le inspiraba la débil salud del rey. Sobre algunas palabras inocentes, se hizo descansar la prueba de una conspiración formal contra la magestad sagrada; el hermano y los otros dos acusados fueron condenados como cómplices, y el tribunal de la aristocracia inglesa pronunció la sentencia de muerte. El día en que fué ejecutada Ana Bolena en una sala de la Torre de Londres, Enrique VIII que estaba en Richmond, subió á una eminencia desde donde podía oír las descargas de artillería, y descubrir el paño negro que debía anunciar á los ciudadanos que la ejecución estaba terminada.

Algunos años después tuvo la imprudencia de hacer valer en nombre de la mujer que había asesinado los derechos á la herencia de su familia, sobre la antigua habitación del comerciante Geofredo Boleyn.

Así termina esta historia de miserias, de infamia, y de crueldad; tal fué la suerte de la mujer que había aspirado á unirse á un rey absoluto. La autora de las memorias de la vida de Ana Bolena no se ha limitado á despertar el interés humano que ofrecen estos acontecimientos, sino que pone en relieve, y dá grandes lecciones sobre la vida de las cortes, sobre la ambición de las mujeres, y sobre esas posiciones falsas que el vulgo llama grandes. No se contenta con presentar en masa detalles picantes y descripciones llenas de vida ni imprimir el colorido de su época á una narración siempre animada, Miss Benger no ha olvidado como mujer al fin, hacer algunas reflexiones morales sobre el destino de la esposa de Enrique VIII. Estas reflexiones severas y graves, dan tanto precio á su libro, como la elegancia de estilo que en él se nota. Después de tantos siglos de malas leyes y malas costumbres, cuando la humanidad largo tiempo arrojada fuera de su verdadero lugar, lo busca penosamente, las mujeres tienen lo mismo que nosotros, ejemplos que observar y meditaciones que hacer. Cuando la ambición de los hombres era destruir á sus semejantes, la ambición de las mujeres era participar de sus placeres y de los beneficios del poder. Hoy la humanidad mas adelantada,

nos abre otros caminos. Nuestro sexo no se propone como objeto principal la dominación y la avaricia, el otro á su vez preferirá la fortuna de las personas honradas, á las de los dominadores del mundo, y aunque la diadema de las reinas esté cargada de brillantes, una jóven del siglo XIX, no vacilaría en decir que la esposa de Enrique VIII no vale nada comparada con la de un Sidney.

C. G.

Traducido de A. Thierry, para "La Azucena."

LA DANZA DE LA MUERTE.

Despierta el día: espácese el ambiente
y en torno de la aldea
alzan los montes su nevada frente
en donde el sol chispea.

Conmoviendo los rotos capiteles
que ornan el átrio de la iglesia oscura
toca á misa la esquila: los dinteles
traspasan uno á uno varios fieles
y paso á paso hácia el altar va el cura.

Y cuando el cura oficia
y están los fieles mudos postrados con fervor
en la puerta con loca delicia
varios mozos y mozas se entregan
con súbito ardor
á la danza y moviéndose plegan
en giros revueltos
sus cuerpos esbeltos
ó ya los despliegan
flexibles y sueltos
y en delirio de goces se anegan
alzando á su paso confuso rumor.
Y se agitan
y sofocan
y palpitan
y se chocan
y cruzan y saltan y vuelan sin tino
y en torbellino
ráudo en la danza
sin pararse la rueda se lanza
como un remolino
que avanza
sobre un remolino.
Y aquel movimiento incesante
rozando en el suelo
gastarse sus plantas de súbito ven
y todos suspiran
mas sigue adelante
el baile y los mozos redoblan su anhelo
y gritan ufanos
y cruzan y corren y saltan y giran
colocando en la tierra las manos
que causan tambien.

El sacristan se asoma
y á su hija ve en la rueda
por un brazo con ímpetu la toma
y el brazo roto entre sus manos queda.
Y esquivando su cuerpo irascible
al dolor permanece insensible
la jóven aquella
no gime su voz
y el suelo recorre como una centella
y ondula
y circula
con huella
móvil
y se lanza y confunde con vértigo horrible
en la rueda que gira veloz.

Se estingue la luz del día
llega la noche sombría,
y sin ritmo ni compás
sigue el baile febril todavía
todavía
sin que cese un momento jamás.
Y en las tinieblas danzando
se dibujan
sus siluetas

que, pasando,
ya se empujan
ó ya inquietas
se derraman
silban, braman
cruzan, brotan
saltan, bullen,
vuelan, flotan
llegan, huyen,
y en sus ojos
que serpean
centellean
fuegos rojos
y estremecen
el averno
y parecen
condenados
del infierno
vomitados
por Luzbel.
Y se funden
con los ruidos
que difunden
los chasquidos
de sus huesos
les crujidos
de la tierra
que abren y hunden
y se cierra,
y en las brisas
van impresos
choques, besos
gritos, risas
entre accesos
delirantes.

Todo envuelto en las sombras flotantes
que al mundo le cuelgan un negro dosel.

Pasa un día, otro día, y la danza
igual continúa
el impulso febril que los lanza
jamás se atenúa
Y todos destrozados
y el cuerpo ya deforme,
se miran hacinados
en una masa informe
que ajitase revuelta
girando fugitiva
como cargada rueda de martirio
que fuesen dando vuelta
con mano convulsiva
la epilepsia cojida del delirio.

Al cabo de un año
se sientan ya débiles
y en su ímpetu extraño
les falta á sus músculos
el muelle de acero no roto jamás.
Y aquel furor loco
se agota, y exánime
cesó poco á poco
la danza frenética
la rápida rueda no gira tampoco
y en torno el silencio dá vueltas no más.
La muerte con ellas estaba danzando
y después
que el compás para siempre han perdido
todos muertos al fin han caído
en la fosa que abrieron girando
y girando
sus rápidos pies

12 de Noviembre de 1874.

G. Belmonte Muller.

LEONARDO EL COCHERO.

NOVELA EN SIETE VIAJES POR PARÍS.

(Continuación.)

Durante élla se mostró tan avergonzado, tan abatido, tan arrepentido, que la mujer le tuvo lástima, y aplazó las reconvenciones para otro día.

— ¡Al menos, le preguntó, tomaste el número del cochero?

— No, ni siquiera pensé en ello.

¡Qué falta! pero cómo has vuelto en cabriolé no debes estar fatigado. Es menester ir al instante á todos los establecimientos de carruaje de alquiler, á todos, y trata de reconocer al cochero, al cabriolé ó al caballo.

El desgraciado no contestó palabra, y bajó la cabeza después de haber dirigido una mirada dolorosa al reloj colocado sobre la chimenea.

Eran las diez y media. ¡Qué medios tenía para atravesar tan tarde á París de Norte á Sur, de Oriente á Occidente, en todas direcciones, cuando había hecho á pié mil escursiones en aquel día? Apenas tenía fuerza para moverse, agobiado con el cansancio y la desesperación. Entretanto su mujer observó que sus facciones, pálidas un momento antes, se habían vuelto color de púrpura; tomóle las manos que estaban abrasando.

— ¡Tienes calentura! exclamó.

¡Ah me costará la vida! dijo el pobre hombre en voz baja y aprovechando el primer movimiento de lástima de su mujer, para dar libre curso á los sollozos que le sofocaban, y prorrumper en llanto.

— ¡No pensemos mas en eso! mañana habrá tiempo.... Mañana temprano..... porque las letras..... los obreros vendrán á asaltarnos á la vez, y sin dinero para pagar ¡Ah! es horrible!.... Pero pensemos en tí desde luego. Es menester que te acuestes, cuidate; porque si caes malo, se empeorará el negocio.... Permanece, pues, tranquilo y sosegado.... Pero ¡qué descuido, no haber tomado el número del cochero! Cuando se toma un cabriolé, esto es lo primero que se hace. En verdad que lo mejor es no tomarlo. ¿No tenías tus piernas? Dime, ¿conviene acaso á los comerciantes ir á lo gran señor? ¡Y no tomar el número!..... Pero no hablemos mas de eso.

Y volvía de nuevo á la carga. Así pasó casi toda la noche, porque uno y otro durmieron poco.

Á la mañana siguiente Mr. Duri-Delporte tenía calentura, dolores reumáticos, y no podía moverse. Su mujer le prodigaba toda especie de cuidados, le daba friegas, le preparaba una tisana, y al dársela no podía menos de decir en voz baja y casi á su pesar:

— ¡Estamos perdidos! ¡no haber tomado el número!.... ¡A lo menos reconocerás las facciones de ese cochero, de ese infame, de ese ladrón? ¡Porque ciertamente se apropiará nuestro dinero, nuestra fortuna!

— Apenas lo he mirado y se parecen todos, contestó el enfermo suspirando.

La mujer levantó los ojos al cielo con aire de desesperación, una lágrima brilló en sus párpados, y repitió con una voz mas sombría, mas lenta, mas desconsolada:

— Estamos perdidos! ¡Pronto vendrán á pedirnos un dinero que no tenemos: nuestros pagarés serán protestados, nuestro nombre deshonrado en el comercio, y sin crédito.... ¡Laraina! la ruina! ¡Ah! nuestro pobre hijo, nuestro Alfredo ¿qué va á ser de él?

— Tu tío, que es tan rico y sin hijos, podrá ayudarnos, dijo el enfermo.

— ¡Oh! sí, cuenta con él, con ese viejo avariento que nos detesta.

— ¡Qué importa! es menester probar. Cuando uno cae es menester agarrarse á cualquiera cosa, aunque sea á los cuernos del diablo, replicó el marido recobrando alguna energía y haciendo un esfuerzo para levantarse; pero pronto cayó con pesadez sobre la almohada.

Su mujer corrió á asistirlo, lo colocó cómodamente en la cama, limpióle el sudor que caía á gotas por su frente, le dió de beber y tomando una silla se sentó cerca del enfermo.

— Aunque nuestro tío, por muy rico que sea, tuviera dinero de sobra, no nos lo daría, le dijo; aunque estuviese en París no podríamos verle, porque su puerta está cerrada para nosotros; pero ¡dinero! ¡jamás tiene bastante, porque sabe muy bien como emplearlo, dándolo á interés con gran usura; además ahora no está en París sino en Bretaña. ¿Lo habías olvidado?

Un vecino entró á este tiempo: era un hombre alto, rubio, pálido, curioso y celoso; en una palabra, el amigo de la casa. Habiendo observado que había habido luz toda la noche en el aposento de los esposos,

y visto á la criada ir y venir con un aire mas atareado que de costumbre, se presentó á saber la causa. Pusiéronle al corriente de lo ocurrido y aupo con un placer secreto que un amigo, cuya industria prosperaba mucho mas que la suya, se veía en mal estado. Preguntó si habian ido á la prefectura de policía, lo que fué un rayo de luz para madama Delporte, que le suplicó fuése inmediatamente. El curioso, de un carácter poco complaciente, hubiera querido negarse á ello, pero él mismo se habia tendido el lazo, y aunque alegó que por su parte tambien tenia pagos que hacer por ser fin de mes, no pudiendo evitarse este paso en tales circunstancias, salió en busca de la cartera perdida.

Durante su ausencia, los dos esposos recobraron alguna esperanza, pero este reposo de sus sufrimientos fué de corta duracion. El vecino volvió y no habló palabra, pero con aire de mentida consternacion, bajó la cabeza, extendió los brazos y lanzó un suspiro.

Este fué el golpe de gracia.

— ¡Lo ves! todo se ha perdido, dijo Mdma. Delporte volviéndose hacia su marido; no hubiera sido así si hubieras tomado el número.

En aquel instante se oyó la campanilla; Mme. Delporte se estremeció; un sudor frio bañó el rostro del enfermo.

— Ya empiezan á venir, dijo la mujer, y continuó sollozando: ¡Hijo mio! ¡hijo mio! Será necesario interrumpir tus estudios, hacer de tí un obrero, un simple obrero! ¡Pobre Alfredo!

La sola criada del matrimonio entró anunciando que un hombre deseaba hablar con el amo de la casa.

— ¿Es alguno de nuestros trabajadores? ¿Es portador de alguna letra, un acreedor? preguntó Mme. Delporte con emocion.

— No lo sé, señora; solo puedo decir que es un jóven de buen aspecto y vestido con suma decencia.

— ¡Pues bien! dile que vuelva.... que vuelva en todo el día.... esta noche; ó mejor yo misma voy á hablarle. Pero es menester que á toda costa te levantes, Delporte, añadió dirigiéndose á su marido; es menester que vayas á casa de un banquero, aunque tengas que hipotecar todo lo que nos queda. Ya sé que no puedes ir solo, pero el vecino te acompañará y responderá por nosotros en caso de necesitarse una firma.

El rubio hizo un gesto horroroso.

— ¡Ah! ¡hijo mio! ¡hijo mio! repitió la pobre madre, y despues de haber dado un nuevo curso á sus lamentaciones, despues de haber reparado precipitadamente el desorden de su vestido de mañana, enjugó sus lágrimas y afectando el aire de calma y tranquilidad, fué á hablar al desconocido que la esperaba en la pieza inmediata, que servia á la vez de antesala y de comedor.

— Perdonad, le dijo; ¿venís á cobrar una letra de cambio?

— No, contestó Leonardo, que habia oido toda la conversacion y se hallaba muy conmovido al considerar la dicha que traía á aquella casa; no, señora, no vengo á cobrar letra alguna, sino simplemente á devolver 35 buenos billetes del banco, de á mil francos cada uno.

Y le mostró la cartera.

Durante su almuerzo en la taberna, Leonardo habia reflexionado que el hombre de modesta apariencia podia ser muy bien, si no el propietario, el depositario de la cantidad, algun cobrador tal vez, en cuyo caso la posicion en que lo colocaba esta enorme pérdida era terrible. Esta consideracion le impidió vacilar mas; determinó empezar de nuevo sus pesquisas quizá infructuosas; pero ¡qué importa! estaba resuelto á cumplir hasta el fin lo que consideraba como un deber sagrado.

Dirigiéndose hacia la calle de Bourbon Villeneur, en la esquina de la cual habia dejado al hourado viejo que habia alquilado su cabriolé la víspera, recorrió á la ventura veinte casas hasta que una voz desagradable, en lugar del eterno: "No lo conozco" que servia de contestacion á la pregunta de si vivia allí Mr. Durin-Delporte, contestó: "En el tercer piso, á cuya puerta vereis el nombre en una lámina de cobre."

Leonardo subió la escalera de cuatro en cuatro escalones, y ya hemos visto la cartera perdida en poder de Mme. Delporte.

Esta, á la vista del precioso depósito que acababa de rescatar, lanzó un grito y entrando, como fuera de sí, en el aposento de donde habia salido, se arrojó llena de alegría en los brazos de su marido, saltó al cuello de la criada, dió un beso al vecino y volvió al comedor á ver á Leonardo y darle parte, sin duda, en este abrazo general; cuando se encontró que se habia marchado.

— Corre, corre, le gritó el enfermo, curado súbitamente y arrojándose fuera de la cama sin fijar atencion en la criada que le miraba estupefacta. — Es nuestro salvador, le debemos un testimonio de gratitud. Corre detrás de él, tráelo aquí.

La buena señora salió en efecto en seguimiento del cochero, pero poco despues entró toda sofocada y arrojándose en un sillón dijo:

— Me ha sido imposible alcanzarlo. Apenas estaba al pié de la escalera, ya estaba instalado en su cabriolé y por mas que le llamé, fué en vano, hizo crujir el látigo y el caballo salió al galope.

— ¡Ah! ¡esposa mia! le dijo su marido con aire de reconvenccion, esperó que á lo menos habrás tomado el número!

— Misericordia! no le he pensado en ello.

Por esta vez ella no habló de hacer correr á su marido por todo París para reconocer la identidad de la persona del cochero, y puso en manos de la Providencia, sin demasinado pesar, el cuidado de pagar la deuda de su reconocimiento.

Si me he estendido un poco en este primer episodio, para el cual me he valido no solo del primero que me lo refirió, sino tambien del vecino de Mme. Delporte, que era justamente entónces mi proveedor de guantes y tirantes, ha sido porque deseaba que hicierais conocimiento con la familia Delporte, al poner en evidencia la delicadeza y el desinterés de mi amigo Leonardo.

El segundo rasgo de bondad de corazon que tengo que contaros de él es de mucha mayor importancia por servir de base principal á la historia que me he encargado de referiros.

Leonardo pasaba un dia por los Malecones inmediatos al jardín de plantas cuando oyó un vago rumor seguido de las voces: ¡Socorro! ¡socorro! Una mujer con una niña en los brazos se acababa de precipitar en el Sena por la parte del puente de Austerlitz. Era en el mes de Diciembre; la corriente era muy fuerte, y los lancheros estaban lejos. Leonardo al ver esto saltó de su cabriolé, á pesar de las reclamaciones de la persona á quien conducia, que lo habia tomado á la hora, y que solo veia un cálculo en aquel movimiento intempestivo de curiosidad.

Habiendo llegado cerca de la orilla, nuestro amigo oyó de nuevo los gritos de ¡socorro! ¡socorro! Todos se confundian, se desesperaban, pero nadie se movía. Entretanto se veia flotar en el agua amarillenta dos cuerpos que se habian separado al caer. Leonardo era un buen nadador, no titubeó, y despojándose de su carrique, que confió á la primera persona que encontró, y despues de calcular la distancia y la fuerza de la corriente, se arrojó al rio en medio de las aclamaciones de la multitud, mas dispuesta á aplaudirle que á imitarle.

Al llegar en medio del rio vió flotar delante de sí un objeto confuso, despues entre una cabellera negra, una cara pálida y casi ya helada por la muerte, que se mostró un instante, dos grandes ojos se entreabrieron cerrándose al momento y el cuerpo desapareció enteramente. Leonardo se estremeció, sus brazos perdieron el vigor, su corazon dejó de latir y creyó tener presente una vision, una aparicion. Aquellas facciones le recordaban las de una mujer que habia conocido, amado en otro tiempo. Su vista se turbó, oia confusos murmullos, se sentia poseido á la vez de un vértigo y de una parálisis; y podia creerse perdido, cuando un débil gemido que oyó en la superficie del rio, lo sacó de su estupor.

Detras del cuerpo de la madre seguia el de la hija que pasaba cerca de él. Hizo un esfuerzo, tendió los brazos, cogió á la pobre criatura por los vestidos que llenándose de viento la habian sostenido sobre el agua, y despues de una lucha desesperada contra el entorpecimiento que le amenazaba á él mismo, consiguió llegar á la orilla nadando con un brazo y sosteniendo con el otro á la niña, que con voz muy débil llamaba á su madre.

Inmediatamente trasportaron á ámbos, llenos de agua, casi sin conocimiento, á un cuerpo de guardia cercano, donde existe un establecimiento para socorrer á los ahogados y asfixiados.

Leonardo acababa de volver en sí, cuando trajeron á depositar el cuerpo de la desgraciada madre, que había sido hallado bajo un arco del puente de María. Estaba muerta y todos los socorros del arte fueron inútiles. Era Beatriz la Catalana; su antiguo amante le reconoció esta vez enteramente; y cuando le ofrecieron el premio consignado á los que sacan del río una persona con vida aún, rechazó el dinero y solo pidió en recompensa de su buena acción que le permitieran criar á la niña que acababa de salvar.

TERCER VIAJE.

La pupila del cochero.—La calle del Cuadrante.—Enganche de dos carruajes.

La historia de Beatriz es la misma que la de tantas otras pobres muchachas. Cayendo de falta en falta, después de la muerte del sargento, y no atreviéndose á volver á su país, vino á París, donde su belleza tardó poco en llamar la atención; abandonada después por el que la había hecho madre, la miseria y el aislamiento la habían impelido á la desesperación.

Aunque muy hablador, Leonardo jamás me hubiera dicho cosa alguna de este acontecimiento; todo en honor suyo, como había hecho con la cartera que encontró, si no hubiera sido porque á fines del mismo mes de diciembre, tuve ocasión de valerme de sus servicios para hacer una visita de entrada de año.

Encontrándolo vestido muy ligeramente, con un frío tan riguroso, le pregunté por qué no traía su carrigue.

—Un tunante me lo ha robado, me contestó; sí, un tunante. Aunque las leyes no condenan á muerte á los ladrones, ese merecía estar ahorcado. Es menester tener el alma muy mala para robar á un hombre que confía su propiedad, y en las circunstancias en que me hallaba entonces. Robarlo en el momento en que uno se zambulle en el agua, no por su gusto... cinco grados bajo cero de frío á lo menos, perdonad..., pero por amor de Dios y del prójimo! no está uno de humor de bañarse cuando los carámbanos de hielo van en pos de la corriente.

—¿Qué! le dije, ¿fue el día que quisisteis salvar á aquella mujer y á su hija?

Leonardo me miró sorprendido, y aquel hombre tan terrible á veces, se sonrojó al mirarme. Él tenía pudor por sus buenas acciones.

—¡Vamos! ya comprendo, me dijo un momento después; sois vos á quien Jolivet ha conducido últimamente, y á quien habeis hecho hablar de mí.

Entonces me dió nuevos detalles acerca del trágico fin de la bella Beatriz, de quien me habló con una viva emoción, y cuando le felicité por la buena resolución que había tomado de adoptar la hija de la catalana, me contestó:

—Debía hacerlo. ¿No soy en parte la causa de la pérdida de la madre? Si la catalana no me hubiera seguido, si hubiera permanecido en su país, nada de esto hubiera sucedido. Además toda acción buena trae, como dicen, la recompensa consigo. Empiezo á querer á esa criatura. A mi madre al principio no le agradó mucho el presente que le hice aquel día, al traerle el resultado de mi pesca, y me riñó grandemente, en apariencia, porque yo mismo hubiera podido perecer, pero en realidad á causa de la niña; porque ya sabeis que las personas de edad miran siempre al gasto. Una boca mas, por pequeña que sea, cuando está guarnecida de dientes, alarga la cuenta del panadero.

Esto era lo que el primer día decía mi madre en voz baja; pues bien, ya hoy no es así; está loca con la chiquilla que le sirve de compañía cuando yo no estoy en casa, y á mí me encanta verla cuando entro, porque Julieta tiene una cara.... (la he llamado Julieta por ser el nombre de mi madre) y promete tener tan buenos ojos como la difunta, ojos que descuartizarán á un corazon cuando sea su tiempo. ¡Pobre criatura! Mucho la querré, estoy seguro. ¡Caramba! podría muy bien haber sido su padre. Ella tendría dos años mas y todo quedaba arreglado.

En aquella época era poseedor de un carrigue que empezaba á ser mas propio para un cochero de cabriolé que para mí: y se lo regalé á Leonardo para reemplazar el que le habían quitado de una manera tan desleal, y desde aquel día fuimos completamente amigos, no porque Leonardo fuera interesado, sino porque era agradecido.

Cada vez que me conducía á alguna parte, me hablaba de sus negocios, de sus proyectos, de Julieta, y siempre con el mismo tono de jovialidad y de buen humor, á menos que el recuerdo de la catalana no se presentase en nuestras conversaciones.

—¡Ah! ¡caballero! me decía un día, no puedo olvidar mi última entrevista con ella, en medio del agua, cuando sus facciones lívidas se mostraron de repente junto á mí. Baste decir que no la había vuelto á ver desde Perpiñán, cuando la encontré del brazo del sargento primero, tan fresca y tan lozana como una rosa.

(Continuad.)

A E.....

SERENATA.

Blanca azucena del valle umbrío,
Niña mas bella
Que es del estío
En la alborada nube de tul;
La de mejillas de nieve y rosa,
De cabellera
Aurea y sedosa
Y ojos serenos de cielo azul:
La de la boca que los colores
De los granados
Robó á las flores
Y su perfume dulce al jazmin;
La de cintura mas cimbradora
Que la palmera
Que bienhechora
Crece del Sahara en el confin:
Escucha, escucha del bardo errante
La cantinela
Dulce y amante;
Oye su acorde, tierna cancion;
El casto lecho deja, y asoma
Tu faz de virgen,
Blanca paloma,
A los cristales de tu balcon.
Azoma un punto; no adusta ó ingrata,
Niña, desdenes
La serenata
Que te dedica el bardo aquí:
Sal, que decirte quiero que bella
Eres, y hermosa,
Gentil doncella,
Más que de Oriente la árabe huri.
Que es tu mirada rayo de luna,
Luz de la aurora;
Como ninguna
Límpida, y llena de claridad;
Mirada, niña, por la que diera
Cualquier mancebo
Su vida entera;
Más que su vida..... ¡su eternidad!
Que es tu hermosura de las que al alma,
De los mortales
Roban la calma;
De las que hieren el corazon;
Que eres un hada, vision de un sueño
De mente loca;
Sér halagüeño,
Luz y armonía, ¡una ilusion!
Sal, flor preciada, sal un instante....
Pueda un momento
El bardo errante
Que el mundo cruza con un laud;

Ver tu belleza para grabarla
 En su memoria,
 Y allí guardarla
 Hasta que baje al atahud.
 Que pueda un día que el océano
 Surque, y en otro
 Clena lejano
 Se encuentre, hermosa, contar allí,
 Que vió en la tierra del sol amada
 Una belleza,
 Cual ni soñada
 Por un poeta..... y hable de tí.
 ¡Sal! mas.... no salgas, que ya la aurora
 Con claras tintas
 El cielo dora,
 Y le ilumina con su arrebol;
 Y si tú sales, el que comienza
 Hermoso día,
 Tendrá vergüenza,
 Al ver que brillas mas que su sol.

António Hernandez Perez.

EXTRACTO DE LA DIVINA COMEDIA.

(Continuacion.)

Dice el texto:

Noi eravam partiti già da ello,
 ch'io vidi duo ghiacciati in una buca,
 sì che l'un capo all' altro era cappello:
 E come 'l pan per fame si manduca,
 così 'l sovràn li denti all' altro pose
 là 've 'l cervel s' aggrunge con la nuca.
 Non altrio menti Tideo si rose
 le tempie a Menalippo per disdegno,
 che quei faceva 'l teschio e l' altre cose.
 O tu che mostri per sì bestial segno
 odio sovra colui che tu ti mangi,
 dimmi 'l perché, diss' io; per tal convegno,
 che se tu a ragion di lui ti piangi,
 sappiendo chi voi siete e la sua pecca,
 nel mondo suso amor io te ne cangi;
 se quella con ch'io parlo non si secca.
 "Estábamos ya lejos de aquella sombra; cuando
 vimos á dos condenados, acurrucados en la misma fosa.
 La cabeza del uno cubría la del otro; y como un hambriento devora el pan, el primero roía la cabeza del segundo en el lugar en que el cerebro se une á la nuca.
 Así como en su ira Tideo (*) triturraba las sienes de Menalipo, tal hacía el condenado con el cráneo de su víctima.

O tú, dije yo, cuyo odio se muestra de tan bestial manera, contra tu presa, ten á bien revelarme el motivo. Cuando me hayas dicho vuestros nombres y su pecado, si tu queja fuere legítima, podré vengarte allá arriba en el mundo; á menos que mi lengua se seque al hablar."

La bocca sollevó dal fiero pasto
 quel peccator, forbendola a' capelli
 del capo ch' egli avea dietro guasto.

Poi cominciò: tu vuoi ch'io rinnovelli
 disperato dolor che 'l cuor mi preme
 già pur pensando pria ch'io ne favelli.

Ma se le mie parole esser den seme
 che frutti infamia al traditor ch'io rodo,
 parlare e lagrimar vedrai insieme.

Io no so chi tu sie, né per che modo
 venuto se quaggiù; ma l' fiorentino
 mi sembri veramente quand'io t'odo.

"El condenado desvió la boca de la horrible co-

(*) Tideo, herido de muerte por Menalipo en el sitio de Tébas, se hizo llevar la cabeza de su enemigo, á quien había muerto y la trituró de rabia entre sus dientes.

mida, limpiándose los labios con los cabellos de la cabeza que estaba royendo por detrás y dijo:

Quieres que renneve un dolor desesperado cuyo solo pensamiento destroza mi corazón aun antes de expresarlo.

Si mis palabras encierran una sentencia de infamia para el traidor cuya cabeza estoy devorando, me verás hablar y llorar á la vez.

Ignoro quién eres y cómo te encuentras aquí abajo; pero al escucharte, creo que eres positivamente florentino.

Tu dei saper ch'io fui 'l conte Ugolino,
 e questi l' arcivescovo Ruggieri.
 Or ti dirò perch' i' son tal vicino.

Che per l' effetto de' suo' ma' pensieri,
 findandomi di lui, io fossi preso
 e poseia morto, dir non è mestieri.

Però quel che non puoi avere inteso,
 cioè come la morte mia fu cruda,
 udirai, e saprai se m' ha offeso.

Brieve portugio dentro dalla muda
 la qual per me ha il titol della fame,
 e 'n che conviene ancor ch' altri si chiuda,
 m' avea mostrato per lo suo forame
 più lune già, quand' io feci 'l mal sonno
 che del futuro mi squarciò il velame.

Questi pareva a me maestro e donno,
 cacciando il lupo e i lupicini al monte
 perch' i Pisan veder Lucea non ponno.

Con cagne magre studiose e conte
 Gualandi con Sismondi e con Lanfranchi
 s' avea messi dinanzi dalla fronte.

"Debes saber que yo fui el Conde Ugolino, y éste el arzobispo Ruggieri. Te diré porqué tengo aquí vecino semejante.

Por efecto de sus pérfidas tramas, habiéndome fiado de él, fui preso y muerto despues. En esto no hubo misterio alguno.

Pero no puedes imaginarte la crueldad de semejante muerte. Al oirlo sabrás cuanto me atormentó.

Mi calabozo no ofrecía sino una estrecha abertura en la torre, llamada despues de mi suplicio, Torre del Hambre, en donde bastantes cautivos gemirán todavia.

Yo habia vislumbrado ya muchas lunas al través de aquel agujero, cuando un mal sueño desgarró ante mi vista el velo de lo porvenir.

Ruggieri se me apareció (en dicho sueño) bajo aspecto señorial cazando un lobo y sus lobeznos en el monte que oculta á los pisanos la ciudad de Luca.

Con perros flacos y diligentes el Conde Gualandi con Sismondi y Lanfranchi llevaban la delantera.

In picciol corso mi pareano stanchi
 lo padre ei figli, e con l' agute scano
 mi pareo lor veder fender li fianchi.

Quand' io fui desto innanzi la dimane
 pianger senti' fra 'l sonno i miei figliuoli
 ch' erano meco, e dimandar del pane.

Ben se' crudel, se tu già non ti duoli
 pensando ciò ch' al mio cuor s' annunziava:
 e se non piangi, di che pianger suoli?

Già eran desti, e l' ora s' appressava
 che 'l cibo ne solleva essere addotto,
 e per suo sogno ciascun dubitava.

Ed io senti' chiavar l' uscio di sotto
 all' orribile torre; ond' io guardai
 nel viso a' miei figliuoli senza far motto.

Io non piangeva, sì dentro impietrai:
 piangevan elli; ed Anselmuccio mio
 disse: tu guardi sì padre: che hai?

Però non lagrimai nè rispos' io
 tutto quel giorno nè la notte appresso,
 infin che l' altro sol nel mondo uscìo.

Come un poco di raggio si fu messo
 nel doloroso carcere, ed io scorsi

per quattro visi il mio aspetto stesso;
Ambo le mani per dolor mi morsi:
e quei pensando ch' io 'l fessi per voglia
di manicar, di subito levorsi,
e disser: padre, assai ci fia men doglia,
se tu mangi di noi: tu ne vestisti
queste misere carni, e tu le spoglia.

“Después de una rápida carrera, el lobo y sus hijos sucumbieron de cansancio, y creí ver que agudos dientes se abismaban en sus costados.

Despertéme con la aurora y ol á mis hijos, encerrados conmigo, llorar en su sueño, pidiendo pan.

Bien cruel habrás de ser si no te afliges al pensar en lo que se anunciaba á mi corazón; y si no lloras ¿qué será lo que te haga llorar?

Ya mis cuatro hijos estaban despiertos, se acercaba la hora en que solían traernos el desayuno y todos temblábamos á causa de lo que habíamos soñado.

Ol cerrar con llave la puerta de la horrible torre, y contemplaba á mis hijos en silencio.

Yo, no lloraba, estaba petrificado. Ellos lloraban, ellos; y mi pequeño Anselmo, al vernos así me preguntaba: padre ¿qué tienes?

Todo el día y toda la noche permanecí sin llorar ni responder; entónces un nuevo sol iluminó el universo.

Cuando uno de sus débiles rayos penetró en la prisión, me mostró mi lamentable aspecto reflejado sobre cuatro rostros.

De desesperación mordíme ámbas manos, y mis hijos creyendo que el hambre me atormentaba, se levantaron diciéndome.

Padre, nuestro dolor será menor si comes de nosotros! Vuelve á tomar esta miserable carne con que nos vestiste.

Quetami allor per non farli piú tristi.

Quel di el' altro stemmo tutti muti.

Alí dura terra: perche non t' apristi?

Poscia che fummo al quarto di venuti,

Gaddo mi si gittó disteso a' piedi,

diciendo: padre mio, che non m' ajuti?

Quivi mori; e come tu mi vedi,

vid' io cascar li tre ad uno ad uno,

tra 'l quinto di e 'l sesto: ond' io mi diedi

Già cieco a brancolar sopra ciascuno,

e due di li chiamai poi che fur morti:

Poscia piú che 'l dolor potè 'l digiuno.

Quand' ebbe detto ciò, con gli occhi torti

riprese 'l teschio misero co' denti

che furo all' osso come d' un can forti.

“Aquietéme entónces por no entristecerles mas. Este día y los siguientes permanecimos mudos. Ah! tierra madrastra, porqué no te abriste?

El cuarto día, Gado cayó á mis piés, diciendo: padre mio, socórreme.

Murió allí, y yo que hablo, vi caer á los otros tres, uno á uno, entre el quinto y el sexto día.

Ciego ya, me arrastré á tientas sobre sus cadáveres. Les llamé durante tres días después de su muerte; y luego hizo el hambre lo que el dolor no había podido hacer.

Terminada esta narración, el condenado con ojos enflamecidos, tornó á cojer aquel miserable cráneo, y sus dientes, como los de un can furioso, le penetraron hasta los huesos.”

Así se expresa Sismondi, el historiador de las repúblicas italianas, respecto de este pasaje de Ugolino:

“Cualesquiera que hubieran sido los crímenes de Ugolino, el horror de su suplicio los ha hecho olvidar, y su nombre ha permanecido como un ejemplo casi único en la historia, de un tirano que despierta la piedad y es castigado por su pueblo con mayor severidad que la que merecía.”

Dejemos pues el infierno.

Lucifer, á quien situa el poeta florentino en el centro del globo, había caído á plomo desde el cielo por el hemisferio opuesto al antiguo, es decir, por el occidental no descubierto cuando aquel escribía su poema, y desalojó tanta tierra en su caída, que no quedó en dicho hemisferio sino una montaña altísima; todo lo demás fué cubierto de mar. Esta era la montaña del Purgatorio.

Sobre otros tantos peñascos colocados á diversa distancia, están los siete *girones* en donde se purgan los siete pecados capitales. Catón de Utica está allí como guardián de todo el purgatorio, y cada *girone* está custodiado por un ángel.

En la falda y á la altura de casi la quinta parte de la montaña, en donde se figura la puerta del Purgatorio, se encuentran los excomulgados que se arrepintieron tarde y los pecadores que retardaron el arrepentimiento, hasta la muerte, los cuales están condenados á esperar por cierto tiempo ántes de ir á purgar sus pecados. Estas son las almas que fueron perezosas.

En cada uno de estos siete *girones* se recuerdan ejemplos, tanto del pecado que allí se purga como de la opuesta virtud, tomando Dante una y otra cosa indistintamente ya de la Biblia, ya de la Historia, ya de la Mitología. Estos hechos se oyen cantar ó se ven esculpidos en bajos relieves.

También se encuentran en esta región las almas orgullosas cargadas con el peso de su soberbia; los que por atender á los cuidados del poder supremo olvidaron los de su salvación; los envidiosos cuyo castigo consiste en oír en derredor palabras de caridad; sus ojos están dolorosamente cerrados: emblema de su ceguedad en presencia de la luz divina. Están también los que daban crédito á la influencia de los astros en las acciones humanas: los iracundos, los negligentes que por medio de un fervor extremo quieren expiar su pasado abandono: los glotonas que se entretienen en morder en el vacío, y las debilidades de la carne.

Dante se adelanta á través de una deliciosa floresta y el río Leteo detiene su marcha. En sus orillas percibe á Matilde que va por allí cantando y recogiendo flores, y á ruego de Dante ilustra algunas de sus dudas.

Los comentadores suponen que esta Matilde personifica la Religión, en recuerdo de la Condesa Matilde, soberana de Toscana y parte de Lombardía, que enriqueció á la Iglesia y que vivió allá por los años de 1,077 á 1,202.

A. T. y R.

(Continuará)

REMITIDO.

Á LO QUE TEMO.

SONETO.

Yo no temo, Simón, ser sorprendido
Por grupo malhechor en noche oscura;
No le temo á una fuerte calentura,
Ni tampoco á la furia de un bandido:
Si un león me acomete, yo atrevido
Le haré frente á pesar de su bravura,
Y muy pronto hallará su sepultura
De las fieras el rey: el mas temido:
Si un abismo á mis piés abierto viera,
Y próximo á caer en lo profundo
Me encontrara, tampoco le temiera;
Porque solo yo temo en este mundo,
— Y con esto quizás no diga mal, —
Á un examen de Historia Natural.

M. J. L.

Yauco, Enero de 1,875.

Establecimiento tipográfico de Gonzalez.